

LA VISITACIÓN

Fr. Iván Fernando Mejía Correa, O.P.

La Visitación como caridad hecha presencia: Llevar a Cristo en el seno implica necesariamente salir al encuentro del prójimo: la fe auténtica no se repliega sobre sí misma, sino que se transforma en servicio solícito y proclamación de la misericordia divina.

- **Punto de inflexión en la historia de la salvación:** El abrazo entre María e Isabel marca el paso vivo entre el tiempo de la Ley y los Profetas y el amanecer del Evangelio del Reino.



María, Arca viviente de la Nueva Alianza: Al portar la presencia de Dios en su seno, la Virgen se convierte en la nueva Arca que irradia salvación, gozo y bendición a su alrededor.

El fíat como docilidad permanente al Espíritu: La fe no se agota en un asentimiento inicial; la verdadera disponibilidad al Espíritu Santo prolonga el «sí» de la Anunciación en cada gesto cotidiano de obediencia interior.





La caridad ignora la demora: El amor verdadero impele a ponerse en camino «con prisa» hacia las montañas de la necesidad ajena, convirtiendo la contemplación de Dios en prisa servicial hacia el hermano.

Gozo mesiánico ante la cercanía del Salvador: La presencia oculta de Cristo suscita una exultación profunda en el Espíritu, manifestada en el salto profético de Juan en el seno de Isabel.

El Magníficat o la trascendencia de la oración de petición: La oración cristiana alcanza su madurez cuando supera el interés de la sola súplica y se eleva a la alabanza gozosa por las maravillas de Dios, alimentada en las Escrituras.



La fiesta litúrgica como medicina para la unidad: Históricamente, la institución universal de la fiesta de la Visitación nació del anhelo de reconciliación para sanar las heridas del cisma eclesial y reconstruir la paz.

La memoria de la Madre en la órbita del Hijo: La contemplación de María no se sostiene como un episodio aislado, sino integrada orgánicamente dentro del misterio redentor y del gozo pascual de Cristo.

Puente entre el acontecimiento bíblico y el sacramento: La exultación de la Visitación se prolonga en la Eucaristía, donde la Iglesia está llamada a percibir a Cristo vivo con la misma alegría con que el Bautista presintió su llegada.



Doble vocación de la existencia creyente:

La vida guiada por el Espíritu Santo se despliega en dos dimensiones indisolubles: la alabanza exultante a Dios y la entrega generosa al hermano.

La suprema dignidad del servicio:

No hay vocación más elevada que ponerse al servicio del otro, pues en el gesto de visitar y servir se transparenta al Maestro que no vino a ser servido, sino a servir.





MUCHAS GRACIAS

REFERENCIA :De Fiores, S., & Meo, S. (Dirs.). (1988). Nuevo diccionario de mariología. Ediciones Paulinas.